

LA TESIS DOCTORAL DE PÍO BAROJA: DE LA MEDICINA A LA LITERATURA FILOSÓFICA

Ramón Emilio Mandado Gutiérrez

Universidad Complutense de Madrid

En los últimos años del siglo XIX, Pío Baroja (1872-1956) compaginó la dedicación a la Medicina, en especial su labor como médico rural en Cestona (Guipúzcoa), con los primeros pasos de su trayectoria literaria (artículos de prensa en *La Voz de Guipúzcoa* y en *El Imparcial*). Sin embargo con la publicación en 1900 de su primer libro, la colección de relatos *Vidas sombrías*, finiquita su dedicación a la primera y se entrega decididamente al oficio de escribir. Años después dejará constancia de las vivencias estéticas y morales que nutrieron esa transición de la Medicina a la Literatura, en una de sus mejores novelas *El árbol de la ciencia*. La figura de Andrés Hurtado, protagonista de dicha novela, manifiesta en gran medida la digestión intelectual de tales vivencias, en las cuales Pío Baroja acabó añadiendo al poderoso influjo filosófico de Arthur Schopenhauer, el de Friedrich Nietzsche. Cada vez se hace más necesario a quienes estudian con rigor la obra barojiana, comprender adecuadamente el vitalismo filosófico que rige en ella, la manera que tuvo Baroja de examinar asuntos tales como el dolor, la compasión, la vida, la deontología médica, la imagen social y científica del galeno y las transformaciones que se avecinaban o se estaban produciendo ya en la España rural de principios del siglo XX.

Un elemento importante en la conformación del vitalismo filosófico de Baroja, es la Tesis doctoral que lee y defiende en Madrid con poco más de 20 años y ante un tribunal presidido por el Doctor Marañón. La titula *El dolor (estudio de Psicofísica)*¹. Al hacerlo Baroja pretende habilitarse profesionalmente para el ejercicio clínico, pues sus necesidades económicas son perentorias y necesita emplearse como médico, sin embargo no deja de tras-

ladar a ese trabajo académico el pesimismo que embargaba por entonces su visión de la vida y que constituía no sólo un estado psíquico subjetivo sino una interpretación del mundo y de la historia emparentada con la Filosofía de A. Schopenhauer. Que el asunto tiene una dimensión superior a la académico-administrativa lo indica el hecho de que Baroja decidiera publicar su Tesis en 1896, una vez que sus urgencias económicas habían sido solventadas y sobre todo que aludiera a ella recurrentemente una vez que hubo decidido dedicarse al oficio de escritor. Es decir que, de algún modo, publica su Tesis o alude a ella como un testimonio de la experiencia intelectual, estética, que le empujó un día a empuñar la pluma y arrinconar el maletín de médico.

El contenido fundamental de la Tesis, como no podría ser de otro modo, consiste en un estudio clínico que se extiende tanto en consideraciones teóricas, como en investigaciones concretas sobre la naturaleza del dolor. A lo largo de su medio centenar de páginas encontramos una síntesis bien documentada e ilustrativa de las principales teorías de la medicina decimonónica sobre el asunto (Brown, Sequard, Flourens, Bichat...), pero



1923, taller de impresión de la editorial Calpe en la calle de Ríos Rosas de Madrid. Allí se inició el catálogo de obras con los autores más importantes de los años veinte y treinta en España.

sobre todo encontramos una especial atención a los estudios de Psicofísica (Hallopens, Richet, Wundt y sobre todos los demás, Fechner). Recordemos que Wundt y Fechner, creadores de la *Psicología Experimental* y del primer Laboratorio psicológico, provienen de una tradición médica alemana vinculada al Neokantismo y crítica hacia el Idealismo y la *Psicología Especulativa* de Dilthey. El tono general de la tesis, al menos aparentemente, tiende a un empirismo positivo que se justifica claramente en el método experimental propio de lo que ya por entonces se denominaba *Ciencias de la naturaleza*:

«El dolor se ha considerado más como idea trascendental que como fenómeno; por eso ha escapado su esencia de las investigaciones de los pensadores, que armados de razones metafísicas han querido buscarlas. Si el dolor como noumeno o cosa en sí, no se descompone por los reactivos más sensibles de la célula nerviosa, ni se aísla al pasar por el filtro cerebral de más pequeños poros, en cambio como fenómeno permite el análisis. (...) sólo si va (el curso del dolor) unido a otros fenómenos observados en el enfermo puede conducir al conocimiento de la enfermedad.»²

Se puede constatar en la Tesis doctoral del Baroja médico clínico, empirista y fino observador, que el tema del dolor se va perfilando como un asunto que no es exclusivo de la Medicina, ni siquiera de la Psicología. Por eso adereza todas sus reflexiones sobre el tema con alusiones constantes a filósofos como Schopenhauer, Epicuro, Hartman, Descartes, Spinoza...

La Tesis desemboca en 35 conclusiones entre las que abundan las orientadas a mostrar el modo de proceder que el nuevo médico cree más oportuno ante diferentes síntomas dolorosos de sus futuros pacientes. Sin embargo el carácter último de la tesis, aunque positivo, no es pragmatista ni siquiera positivista, sino que apunta claramente a un cierto biologismo por el cual, tanto el dolor como el placer, son ante todo alteraciones de la cenestesia, *protoplasma o materia prima de la sensibilidad*. Tal cenestesia, que por lo general es inconsciente, expresa la propia vida y en el caso del ser humano tampoco se puede disociar de las manifestaciones de inteligencia... algo que se intuye complejo e inquietante:

El placer y el dolor no son más que efectos, resultados, índices, signos que muestran que ciertos apetitos, inclinaciones y tendencias se satisfacen o se contrarían. No representan más que la parte superficial y final del fenómeno, la única que entra en la conciencia. Son las agujas de reloj, no son el mecanismo. Las verdaderas causas de la vida afectiva hay que buscarlas mucho más abajo, en la intimidad del organismo... Ese sumum de sensaciones, llamado cenestesia, es el protoplasma o materia prima de la sensibilidad, como todo lo que proviene de los sentidos externos, es la materia primera de la inteligencia»³

Se puede constatar en la Tesis doctoral del Baroja médico clínico, empirista y fino observador, que el tema del dolor se va perfilando como un asunto que no es exclusivo de la Medicina, ni siquiera de la Psicología. Por eso adereza todas sus reflexiones sobre el tema con alusiones constantes a filósofos como Schopenhauer, Epicuro, Hartman, Descartes, Spinoza... aunque no siempre para coincidir con ellas. Del último de los mencionados (Spinoza) recordará el aforismo que reza: *«el apetito es la esencia misma del hombre... el deseo es el apetito con conciencia de sí mismo»*, para explicar cómo el placer o el dolor, son elementos agentes, comportamientos que manifiestan la satisfacción o la frustración no ya del apetito fisiológico, sino de algo más complejo que es el deseo humano: Las manifestaciones de placer y dolor muestran de modo particularmente expresivo el particular *modo de ser* de un individuo. Al extenderse en la explicación de este punto de vista, Baroja traslada el asunto del dolor del campo de la necesidad psicofísica al del determinismo biológico, algo que se presentará desde entonces y de modo creciente en la literatura barojiana lleno de implicaciones estéticas, morales e incluso metafísicas:

«La conciencia no toma parte alguna en la formación de las necesidades; éstas se sienten y, en ocasiones, se satisfacen aunque repugnen a la conciencia.

Estas necesidades o tendencias no son más que determinaciones de la voluntad, solicitadas por un estado corporal; determinaciones que están prontas a convertirse en actos; si en éstos, la necesidad se satisface se origina el placer y si no el dolor... Cuando la cenestesia da una resultante de tranquilidad y sosiego se produce la euphoria y cuando no la atrabilis»⁴

Un interés particular despierta en los escritos de Baroja el que la conciencia o comprensión racional del dolor constituya en muchos individuos, incluido él mismo, un ejercicio de moralidad. Por eso tales escritos se muestran siempre particularmente sutiles y cuidadosos en la descripción de la enfermedad o el sufrimiento y no pueden ser calificados como ejercicios morbosos, sino de lúcida compasión. El origen o primeras manifestaciones de esta característica importante de la obra barojiana se encuentran también en su Tesis Doctoral. Y es que en ese momento embrionario de su obra, Baroja sostiene ya, implícita o explícitamente, una serie de opiniones de hondo calado filosófico que madurarán ulteriormente a lo largo de su obra: Que la inteligencia es inseparable del dolor, que en esa

inteligencia subyace una peculiar dialéctica o agonía de sentimientos aporéticos, que no es bueno resignar el ideal de la vida a la servidumbre de las condiciones materiales, a la progresiva degradación física o a la decadencia social, que el ideal ilustrado y kantiano de progreso que se ofrece como alternativa optimista, aunque no carezca de atractivo, se presenta a menudo tan imbuido de intelectualismo abstracto que tampoco parece capaz de generar optimismo, que tan sólo parece posible dotar de dignidad moral al dolor, sustentar alguna posibilidad de optimismo, si se ejercita una cierta depuración ascética de la vida, una disciplina intelectual que otorgue lucidez... Reflexiones de este tenor serán, a la postre, la conclusión y el auténtico objeto del saber médico, algo que sin embargo es literario y filosófico.

Una muestra de ese saber capaz de generar fuerza para vivir, es la propia comprensión del dolor expresada en la Tesis, según la cual éste constituye un regulativo de la vida que avisa de los desequilibrios cenestésicos de un organismo. Tal comprensión del dolor además de fisiológica es moral, pues de algún modo muestra como la vida es una querencia atávica, una voluntad que permite al individuo consciente de ello administrar su organismo y controlar sus emociones. En momentos posteriores de su obra, Baroja llegará a advertir, al modo de F. Nietzsche, que tal administración y control cenestésicos son una forma superior de conciencia, ese ejercicio sutil y ascéticamente depurado de optimismo que permite al hombre nuevo promoverse como *voluntad potente*. En todo caso el joven médico Baroja, apoyándose en que el conocimiento cabal de fenómenos como la cenestesia proporcionan al individuo una idea clara y distinta de la vida, asumirá en su Tesis Doctoral la sentencia Bíblica del Eclesiastés, «*Quien añade ciencia añade dolor*», ahora bien, aumentándola y corrigiéndola con el añadido «*quien añade dolor añade ciencia*»⁵

Sin duda es éste uno de los momentos de la obra barojiana en donde mejor comprendemos cómo el magisterio de A. Schopenhauer, la resignada y nihilista *voluntad de vivir*, le incitó a evadirse del pesimismo mediante el *activismo* médico e intelectual, la entrega intensa a la visita médica, a la crónica periódica y a la especulación filosófica. Sin embargo, con el tiempo, no será ésta una actitud estética ni moral suficiente para Baroja, pronto aparecerá en escena, como se ha dicho, otro vitalismo y otro nihilismo, el de la *voluntad de poder* de F. Nietzsche, que proporcionará una intensidad adicional a su obra y a su vida y cualificará definitivamente el fondo teórico de su abandono de la Medicina en favor de la exclusiva dedicación a la Literatura. Será entonces cuando de escritor de relatos, pase a escritor de novelas, cuando de diletante de la Filosofía pase a escritor filosófico. Es un indicio de por dónde va a aquilatar-se en el futuro el vitalismo filosófico de Baroja este fragmento de su Tesis Doctoral que vincula implícitamente la moralidad, la fuerza vital, a la comprensión cualificada del dolor:

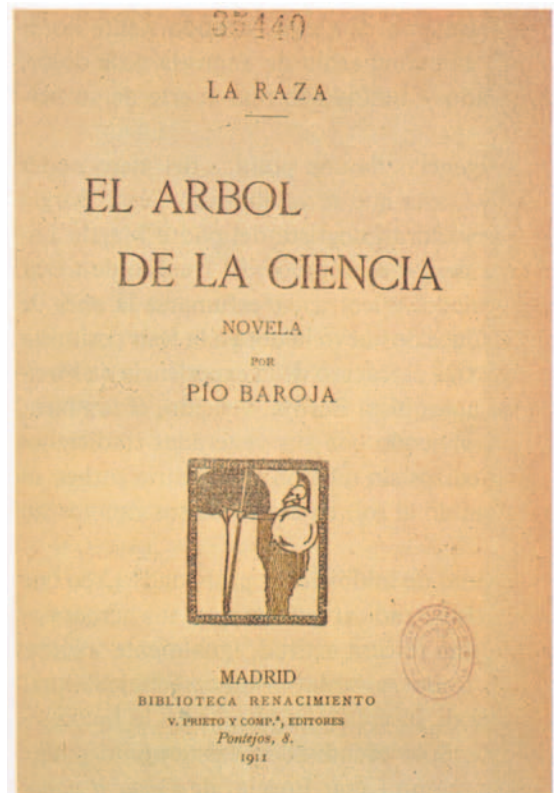
«*El autor del Eclesiastés entre los hebreos y Sakia Muni en la India tenían una capacidad inmensa para experimentar el dolor, y entre los modernos Byron, Leopard, Heine, han vivido más atormentados que los individuos normales por sentir mejor que éstos las más pequeñas aflicciones de espí-*

ritu, porque lo que para otros eran accidentes sin importancia de la vida, para ellos eran amarguras de una realidad llena de impurezas.»⁶

Sin embargo todavía estamos en 1896 y las más interesantes modulaciones barojianas del vitalismo no aparecerán hasta 1900. Quien se interne por esos pormenores de la obra del escritor vasco no sólo obtendrá un conocimiento detallado y erudito de sus escritos, sino que podrá percatarse del modo con el que la literatura española contemporánea entró en contacto con las grandes expresiones de la Estética del siglo XX, incluso adelantándose a ellas. No en vano la obra de Baroja, polémica e intempestiva como ninguna, reclamó poderosamente la atención de los filósofos, Ortega y Gasset o Ferrater Mora por ejemplo, y sigue reeditándose en la actualidad con inusual frecuencia... No en vano son hoy muchos los jóvenes estudiantes que todavía se sienten subyugados por *El árbol de la ciencia*.

NOTAS

1. BAROJA, P. «*El dolor. Estudio de Psicofísica*» En Madrid, Imprenta de Diego Pacheco Latorre, Plaza del Dos de Mayo, 5. Editada hoy en *Hojas sueltas*. Ed. Caro Raggio. Madrid 1973, pgs. 355-410.
2. BAROJA, P. *El dolor*, o.c. pgs 355 y 410
3. Ibid. pg. 356
4. Ibid. pg. 357-358
5. Ibid. pg. 360
6. Ibid. pg. 363



El árbol de la ciencia, título clave en la extensa obra de Baroja. Biblioteca Nacional. Madrid